



Eduardo Labarca estuvo en Chile presentando "Cadáver tuerto". La trama de la novela quedó en segundo plano cuando el escritor confesó ser el autor apócrifo de las memorias de Prats.

EL ESCRITOR EDUARDO LABARCA HABLA DESDE VIENA

"Le metí un gol de media cancha a la CIA"

El autor que engañó a la inteligencia norteamericana con el "diario" del general Prats cuenta cómo escribió en las madrugadas austriacas su última novela "Cadáver tuerto", donde confiesa la autoría de "Una vida por la legalidad". Aquí relata su reunión con el general Cheyre y su encuentro con las hijas del militar asesinado.

Víctor Hugo Rodríguez

El escritor chileno Eduardo Labarca acaba de regresar a su casa en Viena desde un viaje a Chile, donde permaneció más de un mes para presentar su novela "Cadáver tuerto". Como él dice, sonriendo con un dejo de amargura, las cosas han cambiado un poco. Es evidente que, pese a sus múltiples exilios -que reflejan sorprendentemente los cambios políticos de los últimos 40 años- ama obsesivamente a su país y escribe para él. Es comprensible, porque tuvo que irse sin querer. En el programa de discusión "A esta hora se improvisa", concitó el odio de la derecha porque no correspondía a la imagen de la izquierda. Era rubio, inteligente, culto y le ganaba la discusión a Jaime Guzmán. Tanto lo odiaban que tras el golpe lo buscaron y al no hallarlo secuestraron a su hijo para preguntarle por el paradero de su padre. La aparición en Chile de "Cadáver tuerto" se mezcló con la revelación de la rocambolesca historia del libro apócrifo "Una vida por la legalidad", aparecido en México en 1976, diario de vida atribuido al general Carlos Prats González, a quien asesinaron en Buenos Aires en 1974. En "Cadáver tuerto" Labarca reconoce en clave de ficción haber escrito el libro apócrifo mientras trabajaba en la antigua URSS como periodista del programa "Escucha Chile".

EL HILO INVISIBLE

-¿Qué experiencias te dejó este viaje a Chile?

-Experiencias intensas, contradictorias, cruzadas.

-¿La principal?

-Que he estado demasiado lejos demasiado tiempo. La nueva generación apenas me conoce. He tenido que presentarme de nuevo.

-La novela está hecha de fragmentos muy diversos...

-Se llaman "visiones" y lo son. Son porciones imaginarias, cuñas formadas por materiales literarios distintos. El tirano preso en un reino lejano y la fábula inicial forman el alambre que amarra y unifica las visiones en un solo haz y por el que fluye la energía entre unas y otras. Cada una de las visiones nació en Viena en mis duermeverelas automáticas y sin despertador, cuando a las 4 de la madrugada la realidad de mi país distante se me presenta filtrada por el tul de los cortinajes, mezclada con los sueños y pesadillas de la noche que toca a su fin.

-Pero no te veo muy contento del viaje...

-Un poco desconcertado cuando viajé de regreso a Viena. Lo del diario de Prats estalló y se antepuso en Chile a la novela, se hablaba más de "Una vida por la legalidad" que de "Cadáver tuerto". Yo hubiera preferido separar los dos temas, dejar lo del diario para después. Pero un periodista con buen ojo descubrió la relación y el asunto de Prats se vino encima, ya no hubo caso.

-¿Era necesario meter lo del diario de Prats en la novela?

-Desde hace años rumiaba la posibilidad de revelarlo, pero no podía destapar el asunto en frío. Cuando el general Cheyre reivindicó dramáticamente la figura de Prats me dije "ahora me tiro al agua" y salté al vacío como los clavadistas de los acantilados de Acapulco. Estaba escribiendo y la novela me ofreció un juego de biombos y espejismos ideal. Algo sin precedentes: la ficción revelando un secreto de la historia.

-¿Fue difícil admitir en público que tú lo hiciste hace treinta años?

-Cuando por primera vez un periodista me lo preguntó hace un mes en Santiago sentí un vacío en el estómago. "Llegó el momento", me dije y tal como lo tenía decidido respondí que sí. Fue un alivio. Pero ha resultado complicado. Los encuentros sucesivos con las hijas de Prats -Sofía en Atenas y Angélica y Cecilia en Santiago- han sido tensos, sobre todo al iniciarse cada contacto. Ante ellas emergía el malhechor en carne y hueso. Al conocerlas me di cuenta de que el diario apócrifo las había herido profundamente, mucho más de lo que pude imaginar. Eran muchachas cuando asesinaron a su padre y su madre en Buenos Aires, han conocido momentos terribles, sus vidas han sido muy duras. En Moscú yo creía que el diario verdadero se lo habían robado en Buenos Aires los asesinos, ahora sé que fueron ellas quienes lograron sacarlo en condiciones muy difíciles a la espera de la posibilidad de publicarlo en Chile, lo que sucedió diez años más tarde, en 1985. El diario falso se publicó en cambio en México mucho antes y ellas lo recibieron como un golpe bajo. Yo suplanté a su padre asesinado y siento que en el fondo han tenido hacia mí un rencor justificado. Enojo y a la vez curiosidad por conocerme, según adivino. Hablamos y terminamos, si no amigos, por lo menos como personas civilizadas capaces de escucharse mutuamente. Yo también estaba interesado en verlas a ellas. La relación es extraña. Ustedes y yo "estamos unidos por un hilo invisible", escribe Lautraro (protagonista del libro) en la novela dirigiéndose a las hermanas -en la vida real, hijas- del general asesinado. Yo siento que ese hilo misterioso entre las hijas de Prats y yo existe realmente, ha existido desde que escribí el "diario" hace muchos años.

-De una vez, dime: ¿Quién te ordenó escribir el diario?

-Te contesto de una vez: ¡Nadie!

-¿Nadie? Entonces ¿por qué lo hiciste?

-Bueno, es cierto que a mis manos llegó en Moscú un proyecto pésimo, digno de un alumno de kindergarten. Me lo dio "alguien"... Pero todo lo que se ha afirmado, citando incluso dichos míos inexistentes, de que fue el partido comunista, tal o cual dirigente, es inexacto.

-Pero había una situación en Chile que para ti lo justificaba, supongo.

-Por supuesto. En Chile perseguían y torturaban hasta la muerte a nuestros amigos y camaradas. A la distancia nuestra angustia era terrible. Prats había sido una víctima más de los mismos criminales. Creíamos que los que le pusieron la bomba se habían robado las memorias que estaba escribiendo y mi sentimiento fue de reivindicación. Salvar la figura de Prats, reivindicar a Prats. Sentí que era un acto de justicia y francamente traté de interpretar y respetar su pensamiento de militar que, impotente, ve derrumbarse en derredor el sistema republicano. Agarré el borrador y lo escribí todo de nuevo. No hice hablar a Prats como comunista o partidario de la UP, simplemente como militar, milico puro, a pesar de que yo no era experto ni mucho menos, pues ni siquiera hice el servicio militar. De mi parte fue un acto absolutamente voluntario y por eso asumo la responsabilidad al 200 por ciento. ¡Yo y nadie más! Me han preguntado por los derechos de autor. No tengo idea de si lo hubo, y yo por supuesto no cobré un kópec -estábamos en Rusia- porque desde luego no hubo ni podía haber pago. Me inspiré y eso no se consigue con una orden, nunca he escrito por encargo. Aunque trabajaba a toda carrera por las noches, alcancé tal impulso que logré crear un Prats real, de carne y hueso, angustiado por el destino terrible de Chile. Le metí el gol de media cancha a la propia

CIA: el embajador norteamericano Nathaniel Davis cita el diario apócrifo como verdadero veinte veces en su libro de recuerdos sobre el gobierno de Allende. Nueve años más tarde las hijas explicaron que era falso en el prólogo de las memorias auténticas, pero éstas se publicaron sólo en Chile y en un tiempo en que nuestro país había perdido actualidad en el mundo.

-¿Qué dicen ellas? ¿Te han pedido algo?

-Tienen la preocupación de que el diario falso sigue siendo citado en muchos lugares, porque está en las bibliotecas de los cinco continentes. Me han pedido que ayude a aclarar el error. Y heme aquí dando entrevistas y con una picota tratando de destruir lo que yo mismo fabriqué. Pero el diario falso es difícil de matar, el fantasma del general Prats con la carne que yo le puse se niega a morir... Tan es así que me dan ganas de publicar el diario falso con mi nombre para que se acabe el mito.

CHEYRE Y PINOCHET

-La entrevista de Eduardo Labarca con el actual comandante en jefe del Ejército resulta sorprendente. ¿Los tiempos han cambiado?

-Por supuesto que han cambiado, entre otras cosas con la normalización realizada por el general Cheyre de la relación del Ejército con la persona de Prats como antiguo comandante en jefe. Todo el mundo sabe de dónde vino la orden de asesinarlo y por eso el gesto de Cheyre tiene mucho valor. Yo quise ratificarle personalmente que "Una vida por la legalidad" es un libro apócrifo y que lo escribí yo.

-¿De qué hablaron?

-De eso, del asunto del diario de Prats, del tiempo y el contexto en que fue escrito, de la época actual. Fue una conversación respetuosa recíprocamente provechosa, creo.

-¿Hablaron de Pinochet?

-No. Su nombre no fue mencionado.

-¿Y tú qué piensas de Pinochet, del de antes y el de hoy?

-Uy... Me dan ganas de contestarte con mi novela, allí aparece un Tirano que, si quieres, puede ser Pinochet u otro como él. Por ahí Lauraro dice si mal no recuerdo que "en la lotería de los tiranos no nos tocó el más brillante, pero sí el más cruel y solapado".

Pinochet resultó no sólo cruel sino un hombre acomplejado que mandaba a matar a sus adversarios más inteligentes que él. Y además, no sólo se echó dinero al bolsillo, sino que a la hora de lavarlo actuó como un aficionado inexperto. Ni siquiera supo esconder el botín.

-Me parece que cada vez más el escritor cumple la función que ha dejado vacante la prensa de informar a las personas sobre la situación que las afecta (Susan Sontag, Gore Vidal, etc.), a menos que sea como Isabel Allende, que es como el McDonald's de la literatura...

-En cuanto a la primera parte de la pregunta, me parece que las cosas van en otra dirección. El gran escritor, como conciencia viva de su pueblo, se acabó. Atrás quedaron Víctor Hugo, a cuyos funerales acudió toda Francia, Miguel de Unamuno escribiendo a los españoles desde su exilio de Hendaya o el Sartre que simbolizó la oposición a la guerra de Argelia. Además, en política el escritor no es un santo, como lo prueban los casos de dos importantísimos autores del siglo XX: Celine, encarcelado por su colaboración con el nazismo alemán y Ezra Pound, procesado por su participación en las transmisiones radiales de la Italia fascista. Hoy el escritor es un artesano que trabaja en silencio en un marco modesto y me alegra que así sea. Actualmente vale más la firma de una estrella de cine contra la guerra de Irak que la de un escritor, aunque haya recibido el premio Nobel. En cuanto a la segunda parte de la pregunta, no tengo nada contra Isabel Allende y me habría encantado que le dieran el Premio Nacional de Literatura. Un par de veces al año entro a comerme un Big Mac con Coca-Cola, papas fritas y harto ketchup, y de vez en cuando me devoro un libro de Isabel Allende. Me gusta la variedad de la dieta mediterránea, un día ostras y otro charquicán; Joyce al desayuno, Bolaño al almuerzo, por la tarde Robert Musil y de postre Borges.